

# Los pantanos de la democracia mexicana

## HÉCTOR SENTÍES VILLA

Nuestro país, de una fuerte tradición autoritaria, recibe de forma peculiar el advenimiento de la democracia. Ésta llega casi por accidente, de súbito, nadie profetiza la nueva era, por lo que no se prepara su arribo, sin embargo, sin comprender bien a bien que pasa ya se encuentra entre nosotros.

Es el momento de hacer un alto en el camino, alto motivado indiscutiblemente por las claras distorsiones del sistema de partidos que se engendran en México y que van de excesos en el presupuesto para su mantenimiento a ilegales financiamientos públicos (pemexgate), pasando por aportaciones de dudosa procedencia (amigos de Fox), o ver al partido como un negocio familiar desde donde acumular riqueza, como es el caso del partido cardenista o el verde ecologista, y, por último, usar al partido como una organización clientelar cuya única finalidad es escalar en las altas esferas del poder para, desde ahí, enriquecerse ilícitamente: PRD. Los fenómenos anteriores generan una serie de interrogantes sobre nuestro turbio sistema de partidos como pueden ser: ¿Cuáles son las causas reales del actual estado de nuestra democracia y cuál el papel de los partidos? ¿hacia dónde nos conducen las decisiones y confrontaciones de los que nos gobiernan?, en definitiva ¿qué democracia tenemos y hacia dónde nos dirigimos? De forma breve quisiera dejar sólo algunas anotaciones como posibles respuestas a las preguntas antes señaladas.

La crisis del presidencialismo en México es una de las primeras causas que hay que considerar para entender los fenómenos políticos del presente; crisis que tiene su origen en 1968 con la represión brutal e irracional que Gustavo Díaz Ordaz ordena contra el movimiento estudiantil; posteriormente se agudiza en los sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo gracias a las devaluaciones y crisis económicas que sabiamente saben fomentar y acrecentar; en el sexenio de Miguel de la Madrid y su reforma moral, que ni fue reforma ni fue moral, el país se encuentra en un franco molestar social que hace sentir en las urnas en las elecciones del año 1988, ante lo cual el presidente manda manipular los resultados, por lo que se sospecha, no sin fundamentos, de un mega fraude contra el Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano; el salinismo sabe afrontar la crisis política y al país le vende un futuro de primer mundo, que al fin de su sexenio se resquebraja con los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y Ruiz Massieu, y con un levantamiento armado de indígenas mexicanos organizados en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los altos de Chiapas; en este contexto recibe la presidencia Ernesto Zedillo Ponce de León, un economista formado en Yale y que poco o nada sabe de la política nacional, su sexenio comienza mostrando que es un maestro de la devaluación al hundir al país aun más, en lo que se conoce como el error de diciembre, poco a poco estabiliza la economía, pero la deja en peores condiciones de cómo la recibe; indis-

cutiblemente el gran acierto de su sexenio es reconocer el triunfo de Vicente Fox en las elecciones del 2000 y separarse de la presidencia.

El otro fenómeno, en concordancia con la crisis del presidencialismo, es el descontento social hacia el régimen de partido de Estado y todas sus aberraciones, que tiene su más clara manifestación, como ya se hizo mención, en las elecciones del año 1988; este descontento nutre y fortalece, en los años siguientes, a los partidos emergentes que son el PAN y el Frente Democrático Nacional que da origen al PRD; es decir, no es la dinámica de los partidos la que empuja al país a la democracia electoral, es, mas bien, el descontento social producto básicamente del deterioro económico y la crisis del presidencialismo lo que es tierra fértil para el surgimiento de liderazgos carismáticos que fomentan el fortalecimiento, en términos electorales, de un sistema de partidos que adolecen, desde mi punto de vista, de verdaderas plataformas políticas, no solamente en términos doctrinales sino también de prácticas consecuentes con los principios que enarbolan, si es que enarbolan alguno. Lo anterior es reflejo de toda una estructura autoritaria que se resiste a morir y que se encuentra también en las entrañas de los partidos que en un tiempo fueron

de oposición y que en el presente son gobierno, desde su nacimiento dichas organizaciones políticas son encabezados por líderes carismáticos que han degenerado en caudillismos, por lo que es necesario reconstruir nuevamente el cuerpo y el espíritu de los partidos políticos.

La ciudadanía ha quedado desencantada con “el gobierno del cambio” y “la ciudad de la esperanza” por la serie de anomalías que son evidentes y que no se pueden ocultar; el descontento social continúa, solo que ahora se descarga abiertamente sobre los errores de un presidencialismo marchito y contra la voracidad de los políticos corruptos que pertenecen a toda la gama ideológica del sistema de partidos; los cuales apenas tienen una nueva vida ya parecen estar en estado de descomposición. De no reorientarse el ejercicio político no será extraño que muchos sectores de la población, que tienen nostalgia del pasado autoritario y represivo, deseen su regreso para que todo este en un supuesto orden. Todavía hay tiempo de corregir el rumbo hacia un sistema de partidos cuyo principal objetivo sea el bien común, la solución no la busquemos en los caudillos, sino en los beneficios de la crítica y en la participación activa y plural de todos los ciudadanos en la vida pública de nuestra lastimada Nación.



Irene Arias